

Zeitschrift: Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: - (2012)
Heft: 20

Artikel: Viajeros españoles a los escaparates del progreso y de la técnica
Autor: Díaz Larios, Luis F.
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-1047274>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 05.02.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Viajeros españoles a los escaparates del progreso y de la técnica

Luis F. Díaz Larios

Universitat de Barcelona

Vous avez pris des lieux et laissé de vous-même
Quelque chose en passant
V. Hugo, *À un voyageur*

¡También los españoles viajáis por recreo y por instrucción!
Yo creía que los españoles viajabais sólo por emigración

M. Lafuente, *Viages de Fray Gerundio*

El comentario de Leandro de Moratín al abate Parini sobre lo poco que viajaban los españoles de su tiempo mantuvo su vigencia durante el primer tercio del siglo XIX, al menos en el sentido que tenía para los ilustrados el *kavalierstour* de los alemanes, el *grand tour* de los ingleses o el *formarse viendo el mundo* de los españoles. Todavía en 1835 Larra podía afirmar que viajar antes de esa fecha era

empresa que se acometía entonces sólo por motivos muy poderosos [...]; pero viajar por instrucción y por curiosidad, ir a París sobre todo, eso ya suponía un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo; la marcha era una hazaña, la vuelta una solemnidad¹.

© Boletín Hispánico Helvético, volumen 20 (otoño 2012): 135-158.

¹ Seco Serrano, Carlos (ed.): *Obras de Mariano José de Larra (Fígaro)*. Madrid: Atlas (B. AA. EE. 128), II, 1960, p. 74.

En la década siguiente, sin embargo, había crecido tanto el número de viajeros que Manuel Bretón de los Herreros podía satirizar *La manía de viajar* de sus contemporáneos con estos anodinos versos:

Sed de viajar a todos nos asedia [...]
Manda el buen tono caminar allende
Los riscos del selvoso Pirineo:
A Lion, a París, a Lila, a Ostende [...]]²

El atraso de los españoles a incorporarse a tan buena costumbre burguesa se había debido en gran parte a las anómalas circunstancias de su vida colectiva. En los primeros años del siglo, las guerras napoleónicas dieron lugar a constantes movimientos de ejércitos por todo el continente y muchos soldados se sintieron impulsados a dejar constancia escrita de sus aventuras guerreras. De su paso por la Península Ibérica ha quedado una nutrida muestra de diarios, memorias o epistolarios, principalmente británicos y franceses, a veces anónimos y casi siempre de autores esporádicos de su experiencia en la campaña.

El vendaval bélico frenó el incipiente deseo de “viajar con utilidad” entre los españoles —como había pretendido Gazel, el personaje de las *Cartas marruecas*— y tampoco promovió ese tipo de *viajero militar* entre los españoles, harto más preocupados en defenderse de los invasores que en traspasar fronteras. En cambio, a consecuencia de la inestabilidad política posterior, sí tuvieron muchos la incierta gloria de sufrir la proscripción, el exilio, la deportación o el destierro; en suma, el extrañamiento del territorio común que provocaba el enfrentamiento entre defensores y detractores del atascado nuevo régimen.

Ciertamente, aunque en grados distintos, toda Europa se vio afectada por el fenómeno del que se lamentaba Víctor Hugo en 1831 —“Des peuples tout entiers [...] qu'on déporte en masse”—, por lo que respecta a España se podría decir, parafraseando al cáustico Heine, que “el aire patrio resultaba cada vez más insano para muchos que tuvieron que pensar seriamente en cambiar de clima”³.

Los románticos convirtieron el tema del *exilio* y del *exiliado* en objeto de reflexión moral —“L'exilé partout est seul”, escribía Lamennais en sus *Paroles d'un Croyant* (1834)— y motivo

² Bretón de los Herreros, Manuel: *Obras de Don Manuel Bretón*. Madrid: imprenta de Miguel Ginesta, 1884, V, pp. 93-94.

³ Picon, Albouy (ed.): *Les feuilles d'automne*, en: *Œuvres poétiques*. Paris: Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade), 1968, I, p. 711.

literario. Objeto o sujeto de su victimismo, no es un *voyageur* "aux terres lointaines", como Chateaubriand, ni un *promeneur* por un "romantic land", como Byron, sino *viajero a la fuerza* cuya lejanía de la patria causa su nostalgia, y la admiración que aquél siente ante lo observado falta en los textos de éste. La curiosidad, que mueve a esos grandes turistas a anotar cuanto descubren en su entorno, apenas existe en quien se muestra indiferente a la tierra que le acoge o que aviva por contraste el recuerdo de la suya perdida. Con fina sensibilidad lo expresó Marceline Desbordes-Valmore en *L'exilé*: "Ici rien n'est à moi, si ce n'est ma douleur"; lo que con aires populares de seguidilla repite nuestro Eugenio de Ochoa en su sesudo artículo sobre *El emigrado*:

El amor que te tengo
parece sombra:
cuanto más apartado
más cuerpo toma⁴.

Podríamos citar un sinnúmero de textos similares de poetas españoles⁵ heridos por la *aguda saeta del destierro* —la imagen es de Dante—. Todos ellos, afrancesados o liberales, dejaron constancia lírica de su extrañamiento. Lírica, porque el ensimismamiento se conforma mejor con la efusión sentimental que con el *relato de viajes* propiamente dicho y, por el tono y sus motivos —'despecho', 'persecución injusta', 'recuerdo de la amada', 'pérdida del hogar', 'extranjero errante', 'deseo de volver', 'miedo a morir lejos de la patria'— se atiene, dentro del *mito del destierro*, al modelo de *elegía del exilio* acuñada por Ovidio en los *Tristia*⁶.

Por excepcional, quiero detenerme un instante en *Mi deportación. Trobas marítimas y americanas*⁷, que cabe con todo derecho

⁴ *Los españoles pintados por sí mismos*. Madrid: I. Boix Editor, 1844, II, p. 318.

⁵ Baste aquí una corta nómina: Meléndez Valdés («El naufrago» [1814]), Lista («El emigrado de 1823»), Moratín («La despedida» [1825]), Martínez de la Rosa («El recuerdo de la Patria. En Londres, año de 1811»), Ángel de Saavedra («A las estrellas», «El desterrado», «El sueño del proscrito» [1824]), Espronceda («La entrada del invierno en Londres» [1828], «A la Patria. Elegía» [1829]), Ribot y Fontseré («La vuelta a la Patria» [1835], «Palabras del fugitivo» [1836], «Los proscritos» [1836]), etc.

⁶ El molde ovidiano era tan irrenunciable que Sánchez Barbero lirificó su destierro en Melilla (1818-1819) en una epístola «A Ovidio» (cf. Mónica Fuertes Arboix: «Un poeta satírico en el exilio: Francisco Sánchez Barbero (1764-1819)», en: *Romanticismo 10. Romanticismo y exilio*, Piero Menarini (ed.). Bolonia: Il Capitello del Sole, 2009, pp. 81-91).

⁷ Ribot y Fontseré, Antonio: *Mi deportación. Trobas marítimas y americanas*. Barcelona: Impr. de Gaspar y C^a, 1839.

en la literatura de viajes. El catalán Antonio Ribot y Fontseré —creo que el único de sus contemporáneos que compuso una original narración en verso de su experiencia de exiliado— cuenta en este librillo su viaje marítimo, reclusión y huida de la isla cubana de Pinos, a donde fue desterrado, acusado de subversión durante el férreo gobierno de Barcelona por el barón de Meer. El autor no pretende convertir sus vicisitudes en una novela de aventuras, sino que ofrece al lector un relato ceñido a la verdad, como prueba el cotejo con documentos nada dudosos, según he mostrado en otro lugar⁸. Sin embargo, desde el principio al fin, el texto afirma su conciencia literaria: como reportaje, comparte con otras narraciones de proscritos el dolor por la ‘injusta condena que lo expulsa de la patria’; con el paradigma ovidiano coincide en el verso y en el ‘viaje náutico a un lugar remoto’. La forma subraya el tratamiento lírico, pero la estructura es narrativa y la vivencia verdadera se impone siempre sobre la invención, lo que no ocurre, por ejemplo, en la novela poemática de Chateaubriand, con la que lejanamente comparte las impresiones del exótico paisaje americano, aunque el verso de la *Deportación* palidece ante la suntuosa brillantez de la prosa de *Atala*. Aunque Ribot era progresista, no se puede afirmar que lo que contaba era un viaje al progreso.

Pero mientras los españoles sufrían las consecuencias de su enrarecido clima político, muchos extranjeros atravesaban los Pirineos en busca de la realidad que confirmara la imagen pintoresca de la naturaleza, monumentos, costumbres y tipos del país. Quienes disfrutaban de una cómoda vida burguesa en las grandes ciudades europeas que adecuaban su trazado a modernos planes urbanísticos, encontraban el mundo exótico “plus africain qu’européen”, que tantos entusiasmos despertaba en Gautier, en las tortuosas y estrechas calles de las españolas, habitadas por manolas y “tapadas” de miradas de azabache, majos, toreros, aguadores y clérigos. Situados ya en la era industrial y en la rutina civilizada de un orden quasi democrático, estos aventureros de frac veían en España la fascinante realización paisajística y legendaria de una geografía y de un tiempo a la vez muy próximo y muy remoto, reminiscencia del pasado medieval y oriental. Más que por caminos, las desvencijadas y polvorrientas diligencias trasladaban a los pasajeros por anfractuosos parajes, casi siempre bajo la amenaza de ser asaltados

⁸ Díaz Larios, Luis F.: «La *Deportación* de Antonio Ribot y Fontseré», en: *Romanticismo 10*: Menarini, Piero (ed.): *Romanticismo y exilio*. Bolonia: Il Capitello del Sole, 2009, pp. 35-49.

por bandoleros que los descuartizaban después de desvalijarlos.

La fruición con que algunos visitantes *tra los Montes*, como Mérimée, preferían subrayar lo singular arcaizante sobre la observación fidedigna de la compleja realidad presente, sacaba de sus casillas a nuestros escritores de costumbres. “Atacar [...] los ridículos de la sociedad en que vive(n)”, era la pretensión de Mesonero Romanos al publicar las *Escenas matritenses*. Y en aquel tiempo de transición, su blanda crítica, más “festiva” que “punzante”, encerraba una intención modernizadora mediante una pintura verdadera. Era precisamente lo contrario de lo que hacían los extranjeros, que

han intentado describir moralmente la España; pero o bien se han creado un país ideal de romanticismo y quijotismo, o bien, desentendiéndose del trascurso del tiempo, la han descrito no como es, sino como pudo ser en tiempos de los Felipes⁹.

La irritación que subyace en esas palabras del *Curioso Parlante* se repite con alguna frecuencia en los demás costumbristas, que reaccionaban ante la visión deformadora que de su país y paisanos tenían los viajeros ultramontanos, caricaturizados a su vez por aquéllos en un *tipo*¹⁰.

De modo que, si parafraseando el título de una popular colección del género, se puede hablar de *los españoles vistos por los extranjeros*, cabría comutar la frase y hablar de *los extranjeros vistos por los españoles* al incorporarse éstos a la “manía de viajar” *allá los montes*¹¹.

Cuando los románticos españoles escriben sus impresiones, la *literatura de viajes* ha formulado ya su propia *poética* en Europa, de modo que Larra, Mesonero, Lafuente, Gil y Carrasco, Flores, Segovia, Ayguals de Izco, Ochoa... disponen de unos precedentes inmediatos, sobre todo franceses, como modelos. Acusan su influencia en mayor o menor grado pero, al adaptarlos a su punto de vista, sufren una sustancial transformación.

⁹ Mesonero Romanos, Ramón: *Obras de don Ramón de Mesonero Romanos*, Carlos Seco Serrano (ed.). Madrid: Atlas (B. A.A. EE., 199), I, 1967, p. 38a. En lo sucesivo, citaré siempre por esta edición, indicando, tras la cita, el autor, el tomo y la página. La cursiva de las citas es mía, pero *sic* indica que es del autor.

¹⁰ Todavía mucho después arremetía Roque Barcia contra las “infinitas sandeces y extravagancias con que los del vecino imperio acostumbran a pasar ratos tan frecuentes de buen humor a costa de nuestro país” (*Un paseo por París*. Madrid: Imprenta de Manuel Galiano, 1863, p. 5).

¹¹ Resumo aquí mi artículo «Los viajeros costumbristas», en: *Romanticismo 6. El costumbrismo romántico*. Roma: Bulzoni, 1996, pp. 109-116.

Constituyen tres buenos ejemplos y responden también a dos etapas de la era isabelina, los *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841*, de Ramón de Mesonero Romanos (Mesonero, V, pp. 249-393), los *Viages de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*, de Modesto Lafuente¹², y *La Maravilla del Siglo, cartas a María Enriqueta*, de Wenceslao Ayguals de Izco¹³.

Los dos primeros son obra de sendos autores costumbristas que emprenden sus itinerarios europeos “el primer verano [...] después de seis años de guerra civil y de casi incompleta comunicación” (Mesonero: p. 258a)¹⁴. Ambos son conscientes de que empieza una época nueva. Ha sido superada la lucha armada que, más allá de las incertidumbres por la cuestión dinástica, había enfrentado a sus compatriotas en un sangriento conflicto ideológico; el artífice de la paz, el general Espartero, ha sustituido en la Regencia a María Cristina, obligada a dimitir por la presión de los progresistas; se vive con la esperanza de que el cambio de rumbo político pueda despertar de su postración y “desidia” a los españoles (Lafuente: I, pp. 24 y 173)¹⁵. Para conseguirlo, la sociedad civil y la administración habrán de realizar un doble esfuerzo: reconocerse en sus limitaciones y esforzarse luego en superarlas para alcanzar los logros, sobre todo materiales, de que gozan ya otras naciones. Este es el pensamiento que vertebría su discurso, con perfil moderado en Mesonero y progresista en Lafuente¹⁶.

¹² Lafuente, Modesto: *Viages de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*. Madrid: Establecimiento Tipográfico, 1842 (2 tomos). En lo sucesivo, citaré siempre por esta edición, indicando, tras la cita el autor, el tomo y la página. La cursiva de las citas es mía, pero *sic* indica que es del autor. Lo que sigue aquí sobre esta obra amplía mi artículo «Viajeros costumbristas en Francia (En torno a los *Viages de Fray Gerundio*)», en: Francisco Lafarga (ed.): *Las imágenes de Francia en las letras hispánicas*. Barcelona: PPU (Estudios de Literatura Española y Comparada), 1989, pp. 451-457.

¹³ [...] o sea *Una visita a París y Londres durante la famosa Exhibición de la Industria Universal de 1851*. Madrid: Imprenta de D. W. Ayguals de Izco, 1852 (2 tomos). En lo sucesivo, citaré siempre por esta edición, indicando, tras la cita el autor, el tomo y la página. La cursiva de las citas es mía, pero *sic* indica que es del autor.

¹⁴ Hay que advertir, no obstante, que Mesonero vuelve sobre sus pasos, porque ya había recorrido en parte, en 1833, el itinerario de ahora.

¹⁵ No sin la reticencia del mismo Lafuente quien, al comparar el buen gobierno de Adriano de Utrecht, en ausencia de Carlos V, con el de Espartero, exclama: “ojalá se le pareciera en eso el otro Regente que tenemos ahora en España” (II, 325).

¹⁶ La bibliografía sobre Lafuente es escasa. Pueden consultarse los artículos de María Dolores Alonso Cabeza: «Costumbrismo y realismo social», *Revista de Literatura*, XLIV, 88 (1982), pp. 69-96; y de Marcelo Tobajas López, autor de una tesis doctoral sobre la *Vida y obra de don [...]*, que no he podido consultar, de la

En el capítulo prologal de los *Recuerdos de viaje*, titulado «Los viajeros franceses por España», Mesonero establece con mucha gracia las diferencias entre su concepción del género y la de los que pergeñan insustanciales *impresiones* turísticas. Contrapone el “gran caudal de juicio y buena crítica” de los expedicionarios científicos de centurias anteriores, fueran o no compatriotas¹⁷, a la improvisación de los modernos:

Y no vayan ustedes a creer [...] que nuestros infatigables viajeros contemporáneos, dominados por un santo deseo de hacerse útiles a sus semejantes, tengan en la mente la idea de regalarles a su vuelta con una pintura exacta y filosófica de los pueblos que visitaron, realizada con sendas observaciones sobre sus leyes, usos y costumbres; aplicaciones útiles de la industria y de las artes, y apreciación exacta de la riqueza natural de su suelo. Nada de eso. Semejante enojoso sistema podría parecer bueno en aquellos tiempos de ignorancia y semibarbarie en que no se habían inventado los viajeros poéticos y las relaciones taquigráficas [...]. Ahora (gracias a Dios y a las luces del siglo), el procedimiento es más fácil y hacedero; y este es uno de los infinitos descubrimientos que debemos a nuestros vecinos transpirenaicos, a quienes en este como en otros puntos no queremos negar la patente de invención (Mesonero, V, p. 252).

El nuevo “procedimiento” de este “monsieur” de París no es otro que convenirse con “el librero-editor para quien trabajaba a destajo” y dar rienda suelta a su imaginación folletinesca para “contar en detalle al público aventurero” su viaje a “ese país incógnito y fantástico designado con el nombre de España” (p. 253).

Tanto por razones patrióticas —rechazo a la imagen extravagante— como de método —fantasear en lugar de observar—, Mesonero descalifica a ese viajero novelero que:

entrando luego en las Provincias Vascongadas, tiende el paño y empieza a trazar su larga serie de cuadros *originales* [sic] traducidos de Walter Scott, apropiándose, venga o no venga a pelo, todo cuanto aquél dice de los montañeses de Escocia, aplicando a estos unos cuantos

que proceden «Cartas de don Manuel Bofarull a don [...]», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXVIII, 1 (1975), pp. 189-212.

¹⁷ Con referencias a los trabajos de catalogación de Ponz, Flórez y Villanueva; botánicos de Cabanilles y Rojas Clemente; descubrimientos de los marinos Elcano, Jorge Juan, Cook y Lapérouse.

nombres acabados en *charri* o *chea* [sic]; y hágote vizcaíno o guipuzcoano, y yo te bautizo con el agua del Nervión (Mesonero, V, p. 253a).

No obstante su burla de las fantasías de estos “observadores de un día” —así los había definido su colega *Fígaro*—, *El Curioso Parlante* reconoce la deuda de sus “pobres borradores” con ellos:

[...] *justo será también, y aún conveniente, probar a entrar en la moda de los viajeros modernos franceses [...] que ni son artistas, ni son poetas, ni son críticos, ni historiadores, ni científicos, ni economistas; pero que sin embargo son viajeros [...].*

¡Ánimo, pues, pluma tosca y desaliñada!, ven luego a mi socorro, e invocando los gigantescos númenes de aquellos genios que poseen el don de llenar cien volúmenes de palabras sin una sola idea, permíteme hacer el ensayo de este procedimiento velocífero con aplicación a los extranjeros pueblos que conmigo visitaste; pero en gracia del auditorio, sea todo ello reducido homeopáticamente a las mínimas dosis de unos artículos razonables con que entretener a mis lectores honradamente, y hacerles recordar, si no lo han por enojo, mi parlante curiosidad [sic] (Mesonero, V, p. 255).

Así que introduce una moda, adaptando su ligereza y extensión al artículo periodístico —vale decir ‘de costumbres’— cuya técnica lógicamente Mesonero dominaba. Pero no nos engañe su ironía y falsa humildad: al empezar el capítulo III de sus *Recuerdos* advierte sobre el punto de vista que debe adoptar el lector al juzgarlos, pues no ha estado en su “ánimo el de formar un viaje crítico ni descriptivo”, ni ha querido caer en el “ridículo extremo de convertir(se) en (su) propio cronista”, ni, en fin, “que habiendo de tratar de cosas muchas veces dignas de encomio y de imitación, injusto y aún criminal sería, en quien se precia de hombre honrado, sacrificar la verdad al fútil deseo de cautivar la risa de sus lectores, y buscar en la paleta aquellos colores que sólo guarda para combatir los objetos que crea dignos de festiva censura” (Mesonero, V, p. 263b).

Con tal declaración apunta los tres principios que rigen el oficio de este liberal moderado: por una parte, la *exigencia ética del escritor* y la *utilidad pública de su obra*; por otra, el reconocimiento de que los *limitados saberes y recursos literarios del periodista* lo apartan tanto de la disertación erudita como del mero divertimento a costa de la ponderación crítica; en tercer lugar, su intención de *objetividad*, dispensando al lector del relato “de sus propias aventuras” como hacen algunos viajeros, reduciendo su protagonismo a la mera función de narrador implícito

que desde la primera palabra del título confiesa el relativismo de sus opiniones.

Todavía más importantes que estos aspectos me parecen otros dos. Uno es el cambio de *perspectiva* que introduce en la relación *observador/observado*. La primera función corresponde ahora al español y al extranjero la segunda. Y respecto a la *dirección del itinerario*, es *de dentro a fuera*, de lo que resulta que la realidad observable no es la española anticuada, sino la ultramontana, expresión del mundo moderno. El otro es consecuencia del anterior: lo *actual observado* suele despertar el *recuerdo* de lo que quedó en la frontera, y de la comparación entre ambos se deducen consideraciones dirigidas al narratario, que van más allá de la información curiosa¹⁸. Una primera muestra de esa pedagogía del contraste aparece al señalar las diferencias entre las ciudades francesas y las españolas:

No puede negarse sin injusticia, que pocas o ninguna de nuestras ciudades de tercer orden (como lo es Bayona en Francia) pueden compararse a esta ni en lo bien cortado y simétrico de su plano, ni en sus bellas construcciones, ni en su animación y comodidad interior (Mesonero, V, p. 265).

Ásperas circunstancias históricas, abrupta geografía y clima duro han determinado las características de las nuestras, que acaso ganan “en pintoresca situación, en variado aspecto y risueño colorido” a las francesas, las cuales

adolecen generalmente de falta de poesía; tal vez de demasiada uniformidad; pero en cambio, por su belleza y simétrica construcción, su aseo y limpieza, proporcionan mayores medios al habitante para disfrutar holgadamente de los goces de la civilización (Mesonero, V, p. 265).

Esa buena impresión se hace extensiva a otras ciudades en el camino de París, y se repite en otros muchos aspectos sobre los que llama la atención para contrastarlos con los de su país. “Aquel *confortable* [sic] de la vida, que tan descuidado se halla entre nosotros” (Mesonero: p. 266a) se pone de manifiesto en “el estado excelente” de las “carreteras principales que en todos

¹⁸ De manera parecida comunica Lafuente su intención en los *Viages de Fr. Gerundio*: “Yo no me he propuesto más que *dar a conocer a mis compatriotas* llana y sencillamente algunas cosas y costumbres de los pueblos y países que he recorrido [...] Lo que sí te protesto es que *he procurado decir verdad* y presentar las cosas tal como ellas se presentaron a mi pobre gerundiana investigación. Si no las conocí bien, habrá sido error, no falsedad” (I, p. IV).

sentidos cruzan la Francia”, de cuya construcción y conservación da cuenta minuciosa (Mesonero: p. 269b; Lafuente: I, p. 41)¹⁹; en la variedad, economía y rapidez de los transportes públicos (Mesonero: pp. 269-274; Lafuente: I, p. 54-56 y 74-80); en la seguridad de los caminos (Mesonero: p. 270a; Lafuente: I, pp. 202-203); en la calidad de los *hotels*, semejantes a “un hermoso palacio” de habitaciones “provistas todas de lo necesario para la comodidad del viajero” (Lafuente: I, pp. 69-70), mozos serviciales y comida “por lo regular abundante y bien condimentada” (Mesonero: pp. 268-269) de la *table d'hôte* o “mesa redonda” (Mesonero: p. 286; Lafuente: I, pp. 71-74) a diferencia de los paradores y posadas españoles, que:

permanecen poco más o menos en el estado en que las pintó Cervantes hace casi tres siglos; baste sólo indicar que la principal [causa] que se alega, que es la falta de viajeros, puede más bien que causa ser efecto, y que ambos deben desaparecer y desaparecerán simultáneamente *en el momento que nuestro hermoso suelo bien administrado, pacífico y seguro, permita al interés particular tomar el rápido vuelo que le conviene*, y exigir el debido tributo a la comodidad y a la curiosidad del viajero (Mesonero, V, p. 267a).

Es evidente la intención regeneracionista, reiterada a lo largo de los *Recuerdos*, similar a la que se advierte también en los *Viajes de Fr. Gerundio*. Frente a las preferencias por subrayar lo castizo en las crónicas de los visitadores a la *romantic Spain* —frecuentemente acompañadas de sus correspondientes iconotextos²⁰—, las de Mesonero y Lafuente lo pasan casi por alto. Es muy llamativa la rapidez con que anotan iglesias, fortificaciones y otros edificios antiguos, como son igualmente insignificantes las pinceladas sobre la naturaleza que no haya transformado la mano del hombre. Destaca en cambio su interés por cuanto concierne al progreso técnico: “el atrevido puente que presta comunicación a ambas orillas” del Garona, en Burdeos (Mesonero: p. 277b; Lafuente: I, p. 64); “el soberbio puente colgante de

¹⁹ Puesto que el itinerario de Lafuente es muy parecido al que un año antes había recorrido Mesonero —incluso cita su libro a su llegada a París— es fácil encontrar coincidencias en los motivos y juicios de ambos, casi siempre con un radicalismo ideológico más acusado en *Fr. Gerundio*, que se traduce en continuos reproches a la inoperancia de los gobiernos patrios.

²⁰ Recuérdense las ilustraciones de Pharamond Blanchard para el *Voyage pittoresque en Espagne* del Baron Tylor (París: 1832), *The Tourist in Spain* de Thomas Roscoe (Londres: 1835-1838, 4 vols.); las láminas de trajes regionales de Celestin Nanteuil para *L'Espagne pittoresque* de Cuendias y Féreal (París: 1842) o los dibujos de Richard Ford que acompañan a su propio texto.

Cubzac, uno de los más bellos monumentos de la Francia moderna" (Mesonero: p. 282a)²¹; los interesantes medios mecánicos empleados en las fábricas de papel de Angulema (Mesonero: p. 284a; Lafuente: I, p. 191)²², la siderurgia de Amboise (Lafuente: I, p. 198), "las fábricas de paños y de cintas y gorros y de gros y de otras mil manufacturas" de Tours (Lafuente: I, p. 196). Con igual admiración realzan la cuidada campiña bordelesa que rodea hermosas quintas de recreo (Mesonero: pp. 278-279); "el jardín de Francia", en las inmediaciones de Tours (Lafuente: I, p. 197); la suntuosidad de los edificios públicos, la rica vida cultural... Todo, en fin, cuanto por "una bien entendida administración" de sus gobernantes goza la sociedad que muestra al viajero el escaparate de su progreso.

Pero París, por su "gran importancia" y "mágico embeleso", centra gran parte de su atención. Mesonero dedica nueve de los veinte capítulos (VII-XV) de sus "apuntes de viaje" a la "gigantesca ciudad" (p. 289a), y Lafuente, más de la mitad del primer tomo de su *Viage*. Tras la decepcionante impresión de la entrada por un miserable suburbio, cuando el viajero cruza el *Pont Neuf* tiene ante sí la espectacular perspectiva de los puentes sobre el Sena, las hermosas fachadas de los palacios construidos a lo largo de sus dos orillas, las cúpulas de edificios civiles y las "sombrías y majestuosas torres de la catedral" (Mesonero: p. 290b; Lafuente: I, pp. 209-211). Tres meses paseará por París su disfraz frailescos Lafuente, y un año permanecerá el *Curioso Parlante* registrando en su retina el "gran emporio de la cultura y civilización del continente europeo" (p. 288a), "la exposición más rica de industria que existe en el mundo" (p. 291b). Una y otra vez vuelven sobre ese triángulo vertebrador de su discurso crítico con la intención explícita de mostrar a los españoles y sus gobernantes las ventajas del progreso alcanzado por el país vecino.

²¹ Lafuente, después de llenar cinco páginas (I, pp. 160-165) con la descripción de este "puente colgado" del que "no se puede formar una idea cabal de su grandiosidad y belleza", comenta: "para tener nosotros puentes como aquel necesitábamos tener juicio por unos 200 años, y que los españoles que nos sucedieran naciesen más aficionados a manejar la azada y el martillo que a rozar capas en las esquinas tomando el sol como los de nuestros días", para rubricar el comentario con: "la falta de gobierno es la causa primordial de todo".

²² Lafuente dedica un apartado al telégrafo, avergonzado de que, "cuando todas las naciones de Europa, incluso Portugal, están cruzadas de líneas telegráficas en todas direcciones, solo la España carece todavía de este importante medio de comunicación" (I, p. 165); y al final del capítulo, la acostumbrada imputación: "[...] a un español amante de su país le afecta demasiado el contemplar el atraso en que respecto de las demás naciones nos encontramos, no por falta de genios, sino por la indolencia y desidia del gobierno" (I, p. 173).

Aunque de su tamaño no infiere que sea una “población bella”, Mesonero subraya el talante dinámico y moderno de la gran urbe y de sus habitantes. Los “barrios centrales del antiguo París”, por ejemplo, no eran más que “un laberinto inexplicable de calles estrechas y tortuosas” literaturizadas por poetas y novelistas —“Víctor Hugo y sus comparsas de imitadores”—, pero “las poderosas exigencias de la moderna civilización” los están convirtiendo en calles amplias bien pavimentadas, “alumbradas de noche por el gas” (p. 292a). Las fachadas de las casas de los “barrios mercantiles” son “sencillas y monótonas”, pero en su interior presentan una distribución racional (p. 293b). La curvatura del empedrado de las calles, que provocaba incómodos regueros laterales los días de lluvia, se está corrigiendo con un nuevo sistema para canalizar el agua por debajo de las losas o del *asfalto* (p. 294b) —“especie de betún sólido y negruzco” (Lafuente: I, p. 225)—, es decir, se está construyendo un alcantarillado.

Tras la introducción general, en que detalles como los citados revelan el interés de Mesonero por lo práctico —¿cabe sugerir que con la mentalidad de concejal municipal que fue de Madrid?—, los siguientes capítulos constituyen más bien una guía para turistas. Como un *flâneur* comenta en breves párrafos imágenes de daguerrotipo de avenidas, jardines y edificios públicos, teatros, museos, academias y sociedades literarias, restaurantes, templos y cementerios, que a veces configuran *escenas* sobre las *costumbres* parisinas, pues, en última instancia, no es la “parte material” de la gran urbe lo que más admiración causa, sino

la *animación y movimiento de la población*, el espectáculo de su vida exterior, el *contraste armonioso de tantas discordancias en costumbres*, en ocupaciones, en caracteres; la *constante lucha del trabajo con la miseria, del goce con el deseo*; el *pomposo alarde de la inteligencia humana* y el horizonte inmenso de placeres que el *interés y la civilización* han sabido extender hasta un término infinito (Mesonero, V, p. 303a).

Por parecidos, no insistiré en los “apuntes, recuerdos u observaciones” que se encuentran en los *Viages de Fr. Gerundio* sobre la ciudad y sus habitantes. Pero sí quiero señalar dos asuntos que, apenas aludidos por Mesonero (pp. 300a y 322a), Lafuente glosa sugiriendo una sensibilidad social más acusada.

Porque “la materia creo que es la más interesante de cuantas en mis apuntes de viajero he tocado”, escribe el capítulo dedicado a “Fourier y los fourieristas” (I, pp. 347-362), quizás uno de los primeros textos divulgativos españoles sobre la apli-

ción práctica de la utopía social. Hasta ahora, Lafuente había registrado el adelanto material de un país bien administrado por un gobierno dentro de los habituales “sistemas de absolutismo, de democracia, de progreso, de conservación” (I, p. 356); pero en las páginas dedicadas al falansterismo atiende muy interesado al proyecto de un sistema de vida comunitaria basado en la *libre atracción natural* que “ha de convertir la tierra en un semi-cielo” (*ibid.*) de *armonía y fraternidad*, “sin odios, sin rencores, sin pleitos, sin cadalsos, sin cárceles, sin presidios, sin castigos, porque todos los hombres serían buenos, virtuosos y honrados” (I, p. 357). Es evidente su simpatía por esas experiencias aunque, no sin un punto de reserva irónica²³, duda de su éxito al aplicarlas en su país “si la creación del Falansterio español pende de las cortes y el gobierno” (I, p. 262)²⁴.

El otro aspecto que evidencia la receptividad de Lafuente a las mejoras sociales es el sistema penitenciario porque, mientras “en España los presos se pudren en las cárceles, en Francia trabajan y se corrigen, en Bélgica casi es una cucaña estar preso”. En «La prisión de los muchachos» (I, pp. 372-380) se limita a señalar “los efectos de un buen gobierno carcelario” en los presidios de París (I, p. 375), pero se detiene en el que los niños de 7 a 14 años viven y trabajan aislados en su celda, conforme al sistema ideado por Jeremy Bentham en el *Panóptico*. La vida de los reclusos infantiles de la Roquette, regida por la teoría utilitarista de *las penas y las recompensas* —reglas de dulzura, severidad y economía—, que hoy nos parecería pavorosa, es motivo de admiración para este progresista que juzga el establecimiento de modélico. “¡Ojalá —concluye—, en lugar de ocuparse los españoles en intrigas políticas, pensaran en crear establecimientos de esta clase”²⁵.

Sin embargo, si en su progreso material es admirable, no lo es en el orden moral porque “el interés egoísta es la base principal del carácter de aquel pueblo”, concluye Mesonero (p.

²³ Así parece sugerirlo en dos ocasiones: “Voy ahora a demostrar, yo Fr. Gerundio, que hoy hablo por Fourier” (I, p. 359); y al final del capítulo: “He indicado en qué consiste la doctrina social de Fourier. Ahora, españoles, estudiadla. Por mi parte me he limitado a exponerla brevemente: en otra ocasión acaso me ocuparé de ella y emitiré mi pobre parecer” (I, p. 362). A su paso por Holanda, visitará también la comunidad de los moravos de Zeyst, cuya forma de vida encuentra muy parecida a la del falansterio fourierista (II, pp. 333-337).

²⁴ Sobre su difusión en España cf. Antonio Elorza, *El socialismo utópico español*. Madrid: Alianza, 1970.

²⁵ Desde luego, Lafuente no estaba solo en la valoración de este tipo de cárceles: de las prensas del editor madrileño T. Jordán había salido en 1834 una *Aplicación de la panóptica de Jeremías Bentham a las cárceles y casas de corrección de España*.

341b) tras sufrir la indiferencia y la soledad en su larga convivencia con una “sociedad mentida”. Y su despecho le lleva a revolverse, como al principio, contra los altivos franceses y reivindicar la cordialidad de sus compatriotas con el extranjero, pues con “la franqueza natural, la amabilidad y el desprendimiento abren de par en par las puertas al recién venido” (*ibíd.*). Por su parte, Lafuente anota también el interés como motor de esa sociedad en el «Carácter y costumbres de los franceses», aunque también sabe reconocer el aspecto positivo de ese materialismo que deberían emular sus lectores españoles:

[...] un francés sacrifica su *repose* [sic] a los frances, al deseo de adquirir [...]. Pero esto mismo los hace laboriosos y aplicados, esto mismo los hace ingeniosos e inventores, esto mismo promueve entre ellos la emulación y la rivalidad, manantiales de la riqueza y del progreso y adelantos de la industria y de las artes; porque el que más asidua y cuidadosamente trabaja, el que mejor elabora sus artículos, el que inventa cosas más útiles, aquel gana más frances, aquel recibe más premio. Para lo cual cuentan también, y no es poco contar, con la solicitud de un gobierno (y en esto quisiera yo que pararan mientes los gobernantes de nuestra España) que no deja por premiar invento alguno artístico de que puedan reportar los hombres provecho o comodidad” (Lafuente, I, p. 442).

Con ese final agridulce de su estancia francesa cruzan la frontera belga para seguir un itinerario muy semejante, hasta el punto de que Lafuente cita a veces comentarios de Mesonero para apoyar los suyos. Coincidén en las visitas a las principales ciudades —Bruselas, Lieja, Lovaina, Gante, Brujas, Waterloo, Ostende, Amberes— y aunque encuentran en el nuevo país una “segunda edición” del que acababan de abandonar, saben apreciar matices diferenciadores. En su admiración hacia Francia subyacía también su aprensión por su hegemonía política que en tantas ocasiones había subordinado los españoles del último siglo a sus intereses²⁶. En cambio, evocan complacientes y nostálgicos el dominio español sobre estas tierras y reparan en aspectos históricos y culturales comunes.

Comparten ambos el asombro ante el auge de los “caminos de hierro” de este pequeño país. Mesonero (pp. 361-366) que, como el economista Michel Chevalier, tiene el convencimiento de que el transporte humano es fundamental para el desarrollo

²⁶ El intervencionismo continuaba en el tiempo en que estos dos viajeros recorrían Francia: Luis Felipe no había dejado de intrigar en los asuntos internos españoles desde su ascensión al trono tras la revolución de 1830.

de la civilización, elogia la red ferroviaria que ha unido en sólo seis años las diez ciudades más importantes de Bélgica y la ha puesto a la cabeza de “los demás estados del continente” más prósperos. Al gobierno belga se debe ese prodigo que demuestra “lo que pueden *el verdadero patriotismo, el talento y la constancia*” (p. 362a). “Pero el gobierno de España no es el gobierno de la Bélgica”, objeta Lafuente en alguna ocasión (II, pp. 47-60) y, al contraponer una vez más el progreso que observa y el atraso de su patria, concluye sarcástico:

Mil veces me decían los belgas: —En España también tendrán Vds. caminos de hierro.— Todavía no —les respondía yo—, pero ahora se están proyectando varios ramales.— ¡Oh!, pero en cambio tendrán Vds. buenas calzadas para carruajes comunes.— ¡Oh!, en cuanto a eso no tenemos que envidiar a nadie (Lafuente, II, p. 60)²⁷.

Pueden observarse, no obstante, graduaciones diferentes en los pinceles de ambos. Mesonero es más sensible a la observación de la vida urbana y campestre, que pinta con su acostumbrada técnica²⁸. Lafuente prefiere el dibujo al carbón para resaltar por contraste el potencial técnico, pues “donde quiera que se mire se ven acá y allá inmensas fábricas, de cuyas elevadas chimeneas de vapor se desprende el denso humo de carbón de piedra que, extendido por la atmósfera, va dando testimonio de ‘la laboriosidad de aquellos habitantes’” (II, p. 4).

Son las minas de hierro y carbón, las fábricas de papel, las industrias siderúrgica y textil, las que más impresionan a este regeneracionista fascinado por una “máquina de vapor [...] inventada para la fabricación de paño continuo”:

Largo rato nos llevamos observando atentamente el progreso y resultado de las diferentes y admirablemente combinadas operaciones de la máquina, la cual, movida por el vapor sin el auxilio de otros brazos que dos solas personas que ponían un trabajo ligerísimo, había de dar al cabo del día un número prodigioso de varas de paño perfectamente elaborado desde la lana en fieltro hasta ponerse en estado de echarle la tijera para vestir. (Lafuente, II, p. 134).

²⁷ Recuérdese que en España la primera línea ferroviaria Barcelona-Mataró se inaugura en 1848, y tres años después la de Madrid-Aranjuez.

²⁸ Caldera, Ermanno: «Il problema del vero nelle *Escenas Matritenses*», en: *Miscellanea di Studi Ispanici*. Pisa: Università di Pisa, 1964, pp. 101-121.

Igualmente, después de admirar las obras de ingeniería de los *diques y canales*, obra de “la incansable laboriosidad de los holandeses” (II, p. 280), al penetrar en Alemania por la cuenca del Rhin pasa de la poesía del río —que exalta con inusual lirismo de progresismo romántico (II, pp. 371-374)— a la prosa de una fábrica de agujas y alfileres (II, pp. 426-436). Y siempre, con el reiterado mensaje dirigido a sus compatriotas: las ventajas sociales y materiales de los países que visita son el resultado de la constancia y el esfuerzo de sus habitantes y de la buena administración de sus gobiernos.

¿Había cambiado la situación una década después, cuando Ayguals de Izco sube a la diligencia que le llevará a la frontera francesa? Los países del norte y noroeste, con Inglaterra a la cabeza, viven en plena *Revolución industrial*. La incorporación de las máquinas de vapor a las fábricas ha transformado la relación entre producción y mano de obra y ha multiplicado el consumo. La red de vías férreas cruza Europa, y la mejora de las comunicaciones marítimas desarrolla el comercio internacional, impulsado por el libre cambio. El crecimiento industrial y económico es inseparable de las transformaciones políticas. El sistema diseñado en el Congreso de Viena de 1815 entra en crisis en 1848 con la proclamación de la Segunda República francesa que Luis Napoleón, tras ser elegido presidente, convertirá en Imperio. Y los movimientos revolucionarios, que habían sacudido a Europa durante esos años, pierden vigor o son reprimidos. Queda así restablecido el nuevo orden, parecido al anterior pero marcado ahora por el positivismo realista del pensamiento burgués y su optimista creencia en el progreso indefinido de la humanidad, cuya materialización simbólica constituyen las *exposiciones universales*.

Pero este desarrollo no se produce al mismo ritmo en todo el continente, lo que acentúa desequilibrios entre los estados —hegemónicos y dominados— con riesgo de peligrar la *pax europea*.

Al período calificado *victoriano* en Inglaterra y *Segundo Imperio* en Francia corresponde la *era isabelina* (1844-1868) en España, en la que moderados, progresistas y demócratas, con apoyo militar, compiten por la primacía política; se moderniza el aparato financiero y administrativo del estado; crece la población, con tendencia a la concentración urbana; la estabilidad social —no exenta de conflictos laborales— favorece el despegue económico. Los avances científicos y técnicos que organizan la *economía-mundo* tienen en el país su reflejo en el aumento de la producción agrícola, el desarrollo de la metalurgia y la industria

textil en la periferia, y de las explotaciones mineras favorecidas por las inversiones del capital extranjero.

Cuando el novelista y editor Ayguals de Izco parte hacia la frontera francesa el 14 de julio de 1851, su objeto principal era visitar la primera exposición universal, la "Gran Exposición de los Trabajos de las Industrias de Todas las Naciones" que se celebraba en Londres en el Crystal Palace, la *maravilla del siglo*. En forma de epistolario dirigido a una supuesta María Enriqueta, el novelista y empresario cuenta su gira de tres meses desde Madrid hasta la capital británica. Pasaré por alto las seis primeras cartas porque describen la misma ruta que habían seguido Mesonero y Lafuente diez años antes²⁹. Son más interesantes las que se detienen en París, que ocupan casi todo el primer tomo (VII-XXX), porque constituyen un importante testimonio sobre la vida parisina del tiempo en que el príncipe-presidente maniobraba para convertirse en Napoleón III. Las observaciones del autor de *Pobres y ricos o la Bruja de Madrid*³⁰ son más penetrantes y descarnadas que las de Lafuente. Sus preocupaciones sociales de novelista influido por Sue y de demócrata republicano que ha bebido en las doctrinas de Fourier y Saint-Simon no se detienen en el lujoso espectáculo de los barrios burgueses. Se acerca a Saint-Martin y está a punto de retroceder en la Porte Saint-Denis, "porque es inmensa la variedad de asquerosas blusas, de trajes pingajosos, de obreros, de carros, de mujeres desaliñadas, de chiquillos mal criados y viejos insolentes". Y apostilla: "La inepcia de la *Grande-Ville* brilla aquí a la luz del sol" (I, p. 186).

En su recorrido Ayguals contrasta los dos comportamientos estancos que conforman la gran urbe: el reservado al público adinerado de los *bulevares* [sic] llenos de "cafés suntuosos", de los "mejores *restaurants*" [sic] y de los "principales teatros", en donde "no parece sino que el prefecto de policía haya prohibido a los pobres pasar por allí para que no quieran proceder inmediatamente a la ley agraria o proclamar el comunismo" (I, p.185); y "el paseo de las masas inelegantes y provinciales, mer-

²⁹ No me detendré ahora en aspectos que ya traté en «El viaje a París y Londres de Ayguals de Izco», en: Luis F. Díaz Larios / Enrique Miralles (eds.): *Del Romanticismo al Realismo*, Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Actas del I Coloquio. Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona, 1998, pp. 307-315. Véase también de Rubén Benítez: *Ideología del folletín español: Wenceslao Ayguals de Izco*. Madrid: Porrúa Turanzas, 1979, pp. 56-58.

³⁰ Sobre la importancia de Ayguals en el desarrollo del realismo español, cf. Russell P. Sebold: *En el principio del movimiento realista. Credo y novelística de Ayguals de Izco*. Madrid: Cátedra, 2007. También Iris M. Zavala: «Socialismo y literatura: Ayguals de Izco y la novela española», *Revista de Occidente*, 80 (noviembre, 1969), pp. 167-188.

cantiles y mal calzadas” (I, p. 186). Basta comparar las cartas X y XII, respectivas reseñas del bullicioso baile de las “grisettes” de Asnières, bajo cuyo aparente alegre desparpajo se oculta el desvalimiento de “su vida clavadas en una silla haciendo labor”, y del ofrecido por la alta sociedad en honor del Lord Mayor en el *Hôtel de ville*.

Ayguals no era un revolucionario difusor de ideas desintegradoras, como le había acusado la prensa conservadora española, sino un reformista, un demócrata, un socialista moderado dentro del amplio abanico de posiciones que cabían bajo tal denominación a mediados de siglo³¹. Estaba convencido de que las “costumbres [...] horriblemente viciosas de la sociedad parisense”, de la que era un trasunto la madrileña para la que escribía, podían transformarse con pactos entre ricos y pobres:

[...] esta sociedad tiene aún obligaciones que cumplir si ha de llevar a cima el gran bien de la prosperidad universal, y el más urgente de estos deberes es PROPORCIONAR TRABAJO A TODOS LOS BRAZOS ÚTILES, PERO UN TRABAJO SOPORTABLE, QUE LEJOS DE ASESINAR AL HOMBRE LE FACILITE LOS MEDIOS DE UNA SUBSISTENCIA TRANQUILA (Ayguals, I, p. 247. *Sic* en el original).

La industrialización resolvería el problema, y los gobiernos responsables deberían fomentarla porque se reduciría la desigualdad social y, al aumentar la producción, las ventajas del progreso alcanzarían a un mayor número de ciudadanos (carta XXI, pp. 246-259).

Estas ideas son confirmadas por la realidad británica, por la que se siente fascinado desde que sale de Francia (II, carta XXXI, pp. 3-21). Acomodado en su asiento del *wagon*, al cruzar el tren la frontera y desaparecer los controles aduaneros de la parte francesa, “con cuyas operaciones se manifiesta aún en el más lamentable atraso”, comenta: en la “privilegiada nación [...] se permite viajar sin pasaporte, documento que debiera abolirse en todas partes por vejatorio [...].”

Ayguals subraya continuamente el adelanto logrado por la sociedad que ha sabido combinar desarrollo técnico y libertad en una ideal fórmula democrática. Ello no oculta desequilibrios y vicios, pero los contrastes no son tan acusados y abunda un nivel medio debido al “*espíritu de socialismo, en el buen sentido de la palabra* [...] que ha elevado el comercio y la industria de Londres a la incommensurable altura en que vemos florecer estos

³¹ Elorza (1970), *op. cit.*

dos pomposos árboles de prosperidad y extender sus ramas benéficas por toda Gran Bretaña” (Ayguals, II, p. 86).

Las cartas iniciales de este segundo tomo (XXXI-XXXVIII) introducen al lector en la razón que justifica el viaje y da título a la obra:

[...] ese glorioso templo de las ciencias y de las artes [...] ese inmenso museo enciclopédico [...] ese palenque de la sabiduría humana [...] ese benéfico santuario de la fraternidad universal, [...] esa verdadera MARAVILLA DEL SIGLO que commueve al mundo, en una palabra, [...] el magnífico Palacio de Cristal (Ayguals, II, p. 178).

Ayguals pone a la altura de los más emblemáticos monumentos arquitectónicos de la Antigüedad el gigantesco pabellón de Hyde Park diseñado por Joseph Paxton³² (carta XL). Comparte con ellos la grandeza, pero alza su singularidad como templo de la concordia y la paz entre naciones que hacen posible el progreso:

Su bellísima arquitectura es de un *orden enteramente nuevo*, de un *orden lleno de poesía* que no debía hermanarse con el tosco yeso. Hubiera podido erigirse de mármol, de pórfido, de jaspe; pero no hubiera habido *tanta novedad en su construcción, ni tanta donosura, ni tanta economía* sobre todo. *Con solo hierro y cristal se ha edificado el más suntuoso palacio del mundo* (Ayguals, II, p. 185).

En la conjunción de técnica, estética e ideología el autor veía el símbolo de la modernidad y en el *Crystal Palace* la materialización artística de la gran fiesta en que todos los países usan la misma lengua:

[...] *lengua prodigiosa que se habla con las manos*, esta lengua divina, cuya sintaxis se apellida el *genio de la invención*, dará el triunfo a la humanidad entera, y tanto los necios utopistas del comunismo como los secuaces de la opresión, conocerán en breve que el viejo mundo, lejos de ser devorado por sus mezquinas pasiones, se verá remozarse, fecundizarse y

³² En una nota de su *Manual del viajero español de Madrid a París y Londres* (Madrid: Imprenta de Don Gabriel Gil, 1851), Antonio María Segovia detalla “[l]as dimensiones del palacio de la exposición en medida francesa [...]”, con el comentario: “En cualquiera parte fuera de Inglaterra hubiera sido imposible ejecutar tan rápidamente una construcción de tales dimensiones: eran necesarios los recursos metalúrgicos y las inmensas fundiciones de aquel país para resolver semejante problema en tan corto espacio de tiempo [...]” (pp. 251-252).

labrar su prosperidad eterna por los progresos de la inteligencia humana y el trabajo (Ayguals, II, p. 188).

Pero tanta exaltación se eclipsa cuando descubre el puesto asignado a España “como una nación de segundo orden” (II, p. 201). Empieza entonces la inevitable elegía evocadora del pasado glorioso desde la perspectiva de un presente sin brillo, y el deseo de regeneración:

Haya paz y tranquilidad [...] buen gobierno que proteja los derechos de todo ciudadano sin distinción de categorías, rómpanse cuantas trabas se consideren onerosas a los progresos de la inteligencia, y verá usted [...] cómo nuestra patria prospera y recobra el cetro de la ilustración [...] (Ayguals, II, p. 203).

El dolorido sentimiento que hemos señalado en los *viajeros costumbristas* se repite ahora ante la pobre muestra nacional. En el gran escaparate en que se exhiben los adelantos técnicos y las manufacturas de los países más desarrollados o los productos exóticos de los orientales, “los españoles han enviado pocos objetos [...] y más son las materias primas que los productos fabricados” (II, p. 208). Sedas valencianas, armas toledanas, vinos jerezanos y tejidos catalanes no son suficientes para satisfacer al empresario Ayguals, que ha contratado con la casa Middleton “una de las mejores máquinas de imprimir que se construyen en Londres” (I, p. 171). No quiere sin embargo renunciar a un mensaje alentador para sus compatriotas, y recomienda: “[...] debe hacerse mención honorífica de los esfuerzos que hace para entrar en la vía del trabajo manufacturero en el momento más animado de la lucha establecida entre las naciones europeas” (II, p. 208).

La maravilla del siglo es el primer viaje a las exposiciones universales de un romántico virado hacia el realismo social. Le precede el ya citado *Manual* de Antonio María Segovia, al que Ayguals se refiere en alguna ocasión, pero no tiene las pretensiones literarias de la obra de este. Podríamos afirmar, pues, que *La maravilla del siglo* inicia en España, dentro de la literatura de viajes, una especie de subgénero centrado en lo que se ha llamado *fastos del progreso*.

El enfoque es distinto al acuñado por los románticos. El *paseo* más o menos gratuito por geografías exóticas, o simplemente distintas, adquiere ahora, a partir de 1851, un sentido utilitario

que lo acerca al reportaje periodístico³³, al informe³⁴ o, incluso, a la memoria técnica³⁵. Prevalece, en fin, lo documental sobre lo literario, y el hecho de que conserve formas y estructuras superficiales heredadas —cartas³⁶, artículos, relatos ficcionalizados³⁷— es secundario con relación a la intención que lo anima: dar cuenta y razón de un grandioso certamen tecnológico.

Una brillante parada con algo de espectáculo circense, pero en el que la representación española no suele aparecer en primera fila. Los cronistas españoles de exposiciones posteriores insisten en las deficiencias que Ayguals ya había señalado. Castro y Serrano, que había sido nombrado por el gobierno para informar sobre la exposición de 1862, escribe: “Es una pena que los españoles nos cuidemos poco de la forma en asuntos que dependen esencialmente de la forma misma; y mucho más si se considera que incurrimos en ese defecto en 1851, que reincidimos en 1855, y no hemos aprendido nada para 1862”³⁸.

Todo el capítulo sobre la «Visualidad del Departamento Español» (pp. 44-57) oscila entre el elogio sobre la calidad de las materias primas y el lamento por la falta de habilidad para manufacturarlas, no convirtiéndolas en artículos de lujo, porque son las “obras de uso común, de adquisición fácil y moderada [las] que evidencian *el progreso útil de la industria y del arte*” (p. 52).

Casi quince años después, el “obrero” Roca y Galés visitaba la exposición de Filadelfia (1876). Carente de toda pretensión retórica y ajeno al sentimiento elegíaco, al revistar los mostradores de las naciones concurrentes, escribe: “Por lo que España tenía que exponer, el sitio era muy limitado”. Basta que nosotros comparamos sus 3.413 m. con los 8486 m. “para colocar con

³³ Escobar, Alfredo: *La Exposición de Filadelfia: cartas dirigidas a “La Época”*. Madrid: Imprenta de Fortanet, 1877.

³⁴ Roca y Galés, José: *Un obrero en Fairmount Park. Revista crítica industrial de la Exposición de Filadelfia, por [...], Individuo de la Sección de estudios de la Comisaría Regia, nombrado a propuesta de la Junta Directiva del Fomento de la Producción Nacional*. Barcelona: Establecimiento tipográfico de Leopoldo Doménech, 1876.

³⁵ Luxán, F.: *Memoria de la Exposición Internacional de Londres de 1862*. Madrid: Imprenta Nacional, 1863; Carreras y González, Mariano: *La España y la Inglaterra agrícolas en la Exposición industrial, 1862*. Zaragoza: Imprenta de Agustín Peiró, 1863; Costa, Joaquín: *Instituciones económicas para obreros: Las habitaciones de alquiler barato en la exposición universal de París de 1867*. Tortosa: Monclús, 1918 [Ed. moderna: Zaragoza: Instituto Fernando el Católico, 1999 (Pról. de Eloy Fernández Clemente)].

³⁶ De Castro y Serrano, José: *España en Londres. Correspondencias sobre la Exposición Universal de 1862*. Madrid: Imprenta de T. Fortanet, 1863.

³⁷ Arús i Arderiu, Rossendo: *Cartas a la dona: noticias exactas y detalladas de la Exposició Universal de Filadelfia en 1876 i d'un viatxe pels Estats Units: Llibre divertit i en vers català [...]*. Nueva York: John Smith, 1877.

³⁸ De Castro y Serrano (1863), *op. cit.*, p. 45.

toda comodidad los productos que mandan los paisanos del célebre Bismarck”³⁹, para darnos cuenta del pobre papel que se asignaba a España en el concierto mundial.

Por las reseñas que conozco sobre las participaciones españolas en las siguientes exposiciones universales, observaciones similares se repiten una y otra vez. Al parecer, por desinterés o impotencia, se echaban en saco roto⁴⁰.

El regeneracionismo esperanzado de los románticos españoles había animado su viaje para mostrar a los *suyos* el camino del progreso que *otros* ya habían recorrido. Pero avanzaba el siglo sin que apenas se saliera del “marasmo nacional”, dicho con palabras de Unamuno, y al acercarse los viajeros realistas a los escaparates cosmopolitas de la técnica, pudieron comprobar con frustrante melancolía que su país continuaba arrinconado en su inercia, desinterés e inestabilidad política, ajeno a cuanto ignoraba.

BIBLIOGRAFÍA

- Antoine, Philippe: *Quand le voyage devient promenade. Écritures du voyage au temps du romantisme*. Paris: PUPS (Imago Mundi, 20), 2011.
- Arús i Arderiu, Rossendo: *Cartas a la dona: noticias exactas y detalladas de la Exposició Universal de Filadelfia en 1876 i d'un viatxe pels Estats Units: Llibre divertit i en vers catalá [...]*. New York: John Smith, 1877.
- Ayguals de Izco, Wenceslao: *La Maravilla del Siglo, cartas a María Enriqueta o sea Una visita a París y Londres durante la famosa Exhibición de la Industria Universal de 1851*. Madrid: Imprenta de D. W. Ayguals de Izco, 1852 (2 tomos).
- Aymes, Jean-René: «Españoles en Francia (1789-1823): Contactos ideológicos a través de la deportación y del exilio», *Trienio*, 10 (1987), pp. 3-26.

³⁹ Roca y Galés (1876), *op. cit.*, pp. 15 y 20.

⁴⁰ Es muy significativo que España no fuera capaz de organizar su primera Exposición Universal hasta la de 1888 y que fuera precisamente Barcelona la sede. Yxart justificaba muy agudamente la elección: “Barcelona, muy barcelonesa, muy burguesa de puertas adentro, es en este punto la población más inclinada y más acostumbrada al *trato frecuente con el extranjero*, de puertas afuera. Las demás ciudades españolas, si exceptuamos alguna población del Cantábrico y de Andalucía, son ante todo y por encima de todo españolas: *conservan en lo más íntimo de su ser su genio castizo*, y aún aquel *españolismo rancio* que se trueca fácilmente en *hostilidad y desdén por todo lo exterior*” (*El año pasado. Letras y Artes en Barcelona*. Barcelona: Librería Española de López, 1889, pp. 163-164).

- Bretón de los Herreros, Manuel: *Obras de Don Manuel Bretón*. Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta, 1884.
- Caldera, Ermanno: «Il problema del vero nelle *Escenas Matritenses*», en: *Miscellanea di Studi Ispanici*. Pisa: Università di Pisa, 1964.
- Calvo Serraller, Francisco: *La imagen romántica de España. Arte y arquitectura del siglo XIX*. Madrid: Alianza Forma, 1995.
- Claassen, Jo-Marie: *Displaced Persons. The Literature of Exile from Cicero to Boethius*. Londres: Duckworth, 1999.
- De Castro y Serrano, José: *España en Londres. Correspondencias sobre la Exposición Universal de 1862*. Madrid: Imprenta de T. Fortanet, 1863.
- Díaz Larios, Luis F.: «Los viajeros costumbristas», *Romanticismo* 6.
- Caldera, Ermanno (ed.): *El costumbrismo romántico*. Roma: Bulzoni, 1996, pp. 109-116.
- «El viaje a París y Londres de Ayguals de Izco», en: *Del Romanticismo al Realismo*. Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Actas del I Coloquio. Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona, 1998, pp. 307-315.
- «La visión romántica de los viajeros románticos», *Romanticismo* 8, Menarini, Piero (ed.): *Los románticos teorizan sobre sí mismos*. Bolonia: Il Capitello del Sole, 2002, pp. 87-99.
- «Los libros de viajes y la traducción cultural», en: Lafarga, Francisco / Méndez, Pedro S. / Saura, Alfonso (eds.): *Literatura de viajes y traducción*. Granada: Comares, 2007, pp. 123-135.
- Elorza, Antonio: *El socialismo utópico español*. Madrid: Alianza, 1970.
- Escobar, Alfredo: *La Exposición de Filadelfia: cartas dirigidas a "La Época"*. Madrid: Imprenta de Fortanet, 1877.
- Grenville, J. A. S.: *La Europa remodelada (1848-1878)*. Madrid: Siglo XXI, 1979.
- Lafuente, Modesto: *Viages de Fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*. Madrid: Establecimiento Tipográfico, 1842 (2 tomos).
- Llorens, Vicente: *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*. Madrid: Castalia, 1968, 2^a ed.
- «El retorno del desterrado», en: *Literatura, historia, política*. Madrid: Revista de Occidente, 1967, pp. 9-30.
- Mesonero Romanos, Ramón: *Obras de don Ramón de Mesonero Romanos*, Carlos Seco Serrano (ed.). Madrid: Atlas (B. AA. EE., 199), I, 1967.
- Muser, Ricarda (ed.): *El viaje y la percepción del otro: viajeros por la Península Ibérica y sus descripciones (siglos XVIII y XIX)*. Madrid / Frankfurt: Vervuert / Iberoamericana, 2011.

- Muñoz Sampere, Daniel/Gregorio Alonso García (eds.): *Londres y el liberalismo hispano. Contribuciones en castellano e inglés*. Madrid/Frankfurt: Vervuert/ Iberoamericana, 2011.
- Peñate Rivero, Julio: «Viajeros españoles por Europa en los años cuarenta del siglo XIX: tres formas de entender el relato de viaje», *Revista de Literatura*, LXXIII, 145 (2011), pp. 245-268.
- Plum, Werner: *Exposiciones mundiales en el siglo XIX: Espectáculos del cambio socio-cultural*. Bonn-Bad Godesberg: Fundación Ebert, 1977.
- Revista de Literatura*, LXX, 145 (enero-junio 2011). Núm. monográfico “Relatos y literatura de viajes en el ámbito hispánico: poética e historia”, Luis Alburquerque García (coord.).
- Ribot y Fontseré, Antonio: *Mi deportación. Trobas marítimas y americanas*. Barcelona: Impr. de Gaspar y C^a, 1839.
- Roca y Galés, José: *Un obrero en Fairmount Park. Revista crítica industrial de la Exposición de Filadelfia, por [...], Individuo de la Sección de estudios de la Comisaría Regia, nombrado a propuesta de la Junta Directiva del Fomento de la Producción Nacional*. Barcelona: Establecimiento tipográfico de Leopoldo Doménech, 1876.
- Romanticismo 10. Romanticismo y exilio*, Menarini, Piero (ed.). Bologna: Il Capitello del Sole, 2009.
- Schroeder-Gudehus, Brigitte / Anne Rasmussen: *Les fastes du progrès. Le guide des expositions universelles 1851-1992*. Paris: Flammarion, 1992.
- Seco Serrano, Carlos (ed.): *Obras de Mariano José de Larra (Fígaro)*. Madrid: Atlas (B. AA. EE., 128), 1960.
- Segovia, Antonio María: *Manual del viajero español de Madrid a París y Londres*. Madrid: Imprenta de Don Gabriel Gil, 1851.